

REAL ACADEMIA DE LA PURISIMA CONCEPCION, DE VALLADOLID

DISCURSO

POR

DON CARLOS RODRIGUEZ DIAZ

EN RECEPCION PUBLICA EL DIA 9 DE MAYO DE 1948

Y CONTESTACION DE

DON PABLO CILLERUELO ZAMORA



VALLADOLID - IMPRENTA CASTELLANA - AÑO 1948

REAL ACADEMIA DE LA PURISIMA CONCEPCION, DE VALLADOLID

DISCURSO

POR

DON CARLOS RODRIGUEZ DIAZ

EN RECEPCION PUBLICA EL DIA 9 DE MAYO DE 1948

Y CONTESTACION DE

DON PABLO CILLERUELO ZAMORA



VALLADOLID - IMPRENTA CASTELLANA - AÑO 1948

DISCURSO
DE
DON CARLOS RODRIGUEZ DIAZ

SEÑORES ACADEMICOS, SEÑORAS, SEÑORES:

Preliminar y recuerdo

La Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, de Valladolid, en su período de reorganización, me trae a este lugar por afectos amistosos más que por propios méritos.

Reciban, por tanto, toda mi gratitud quienes han contribuído a esta designación, acompañada de la formal promesa de poner a contribución mi entusiasmo para participar, en la medida de mis fuerzas, al engrandecimiento de esta Real Academia de la Purísima Concepción, de tan ilustre abolengo.

Vengo a ocupar el sillón que en vida ocupara una figura prócer y de gran relieve en Valladolid, la de don Santos Vallejo, hombre dinámico, mercedamente popular, todo cordialidad y simpatía, y tan enamorado de las Bellas Artes, en todas sus manifestaciones, que allí donde había un cuadro, una escultura, un concierto musical o una joya arquitectónica, allí estaban la admiración, la opinión, el consejo o la ayuda de don Santos Vallejo, según cada caso requiriese una u otra de aquellas decisiones.

En unión de su amigo don Francisco Zorrilla, que también perteneció a esta Real Academia, y de otros enamorados del Arte, contribuyó a la organización de aquellos memorables conciertos de la Orquesta Sinfónica y, en suma, sus gustos bien definidos y su cultura artística, le hicieron merecedor a una intervención en la Real Academia, corporación que siempre tuvo en gran valía su opinión y su consejo.

El carácter de don Santos Vallejo ofrecía como nota dominante la simpatía. Su bondad no consiguió agriarla la política, a la que fué por requerimientos amistosos, pero la política no llegó a dominarle; para él era algo accidental, y a este efecto recordaré una anécdota que revela expresivamente su carácter.

Se celebraban unas elecciones en las que don Santos Vallejo era candidato. La campaña electoral reflejaba que las cosas no iban del todo bien y que el candidato, no obstante su simpatía personal, hallaría dificultades para el triunfo.

En estas circunstancias, su jefe político, don Santiago Alba, fué a visitarle para infundirle alientos y atenuar las preocupaciones que pudieran abatirle, y le encontró sentado plácidamente en un sillón del despacho estudiando con interés verdaderamente escolar una Gramática de Esperanto.

Este era el hombre; un niño grande cuyo recuerdo me place traer a este acto de la Academia de la que él fué figura preeminente.

Un tema castellano

Al meditar sobre las obligaciones que el cargo impone y buscar un tema para esta oración académica reglamentaria, no sentí la menor vacilación. Había un tema atrayente que me obsesionaba y sobre el que reiteradamente he meditado. Es un tema que tiende a rectificar opiniones generalizadas, pero de muy escasa consistencia; me refiero al tan calumniado paisaje castellano.

Y he aquí el tema: «El paisaje de nuestra Castilla».

Los que cómodamente arrellenados en un asiento del ferrocarril o de un automóvil pasan vertiginosamente por nuestra planicie, tan propicia a las líneas rectas y por tanto a las grandes velocidades, no pueden admirar atentamente ni comprender con fundamento nuestro paisaje, como admiran y comprenden el de los países montañosos donde las rocas y la vegetación se ponen ante sus ojos, y donde la admiración puede ser atenta porque allí las velocidades tienen que ser moderadas.

Y esto ocurre principalmente por requerir nuestro paisaje la contemplación lenta, el éxtasis que capte luminosidades y lejanías, el gusto que saboree armonías y tonalidades.

Pudiéramos decir que nuestros campos mueven a la meditación, tal es su amplitud y su grandeza; quizá por ello de Castilla partieron las más excelsas ideas de universalidad y de conquista; con ser grandes y amplias nuestras tierras, nuestro ciclo requería más tierras todavía; más hallá de nuestros horizontes había otros países que dominar, y así pensaban los castellanos, porque en Castilla no teníamos cerca el topc de las montañas que empequeñecen el pensamiento.

El dibujo en el paisaje

Existe la creencia, bastante generalizada, de que el paisaje puede afrontarse sin grandes conocimientos ni depuradas prácticas en el dibujo.

Un árbol, se dice, no es como una figura humana, que es preciso sujetar a un canon.

El argumento, al parecer, tiene alguna fuerza, pues, en efecto, la rama de un árbol no pierde nada, artísticamente, si al copiarla sufre una inclinación, un acortamiento o una inclinación más o menos acentuados, y lo mismo ocurre con la linde de un ribazo o con el meandro de un río; pero en el paisaje hay más que todo esto, hay, sobre todo, perspectiva, y la perspectiva es dibujo.

El paisajista que domine el dibujo sabrá dar valor a las distancias, corporeidad a los edificios, y hasta gracia y donaire a las masas arbóreas y a los celajes anubarrados.

Velázquez, sin su portentosa facilidad para el dibujo, no hubiera logrado los efectos que obtuvo con sus paisajes que tanto avaloraron sus cuadros, como puede verse en varias de sus pinturas, entre ellas los dos excelentes retratos ecuestres del Conde-Duque de Olivares y de Felipe III.

El acusar las distancias no sólo se logra con el color, aunque éste sea un gran elemento de la perspectiva, como se aprecia en las tonalidades de los cerros, que azulcan más cuanto más lejos se hallan; las líneas influyen notablemente en la perspectiva; su convergencia, su paralelismo o su divergencia, marcan distancias mayores o menores, según la fina percepción del artista, que será más veraz cuanto más domine el dibujo.

En Castilla tenemos grandes perspectivas en campos, caminos y ríos, y mediante el dibujo se pueden puntualizar los términos que de otra manera resultan falsos o confusos.

Además el paisaje precisa muchas veces la inclusión de figuras para las que es necesaria una aplicación justa de la línea, so pena de que al artista le ocurra lo sucedido a un pintor que puso en primer término de un paisaje vallisoletano unas figuras, acerca de las que, en cierta Exposición, se entabló una discusión bastante empeñada sobre si eran vacas o borricos, caso análogo al del bufo pintor de Ubeda, Orbaneja, coetáneo de Velázquez, que habiendo pintado cierta figura absurda escribió debajo: «Es un gallo».

Influencia del paisaje en nuestro espíritu.

No es preciso ahondar mucho en este enunciado para demostrar que el paisaje que se presenta ante nuestra vista, bien en el campo o bien en una tabla pintada, puede influir en nuestro espíritu.

En el período romántico se abusaba demasiado del paisaje para ligarlo a diversos estados de ánimo; el preferido era generalmente el que ofrecen sombríos cementerios. Además no había drama sin fulguraciones de relámpagos ni retemblar de truenos, como si la Naturaleza participase siempre en los conflictos humanos.

Pero huyendo de toda exageración, bien podemos afirmar que el paisaje influye notablemente en nuestro espíritu.

Fray Luis de León, dice:

«Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que allá, en la primavera
de bella flor cubierto...»

y asocia a esta idea de un paisaje, su propio sentir, diciendo:

«Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido...»

Y el paisaje, plácido y recoleto, inspiró al sabio dominico muchas de sus canciones llenas de poética serenidad.

Innumerables poesías han inspirado las frondas de los ríos, el arroyo escondido, las flores policromas, el cielo anubarrado, de intenso azul o estrellado, el mar en todos sus estados, el viento meciendo árboles, plantas y flores, la pradera esmeraldina, la nieve, todo, en fin, lo que compone el paisaje.

Y es el caso que en el campo todos somos algo poetas aunque no hagamos poesía, porque la pensamos con deleite.

El hombre del campo, tan familiarizado con él, no es el más apto para dejarse influir por el paisaje, pero el hombre de la ciudad siempre halla en el campo motivos que le llegan a producir diversas emociones.

En efecto, el despertar de la Naturaleza por el alba, nos satura de optimismo; no es sólo el bienestar físico que nos produce el desentumecimiento del reposo de la noche, es la euforia moral que nos lleva a risueños idealismos.

Contraste bien notable con esto son las puestas de sol, muchas veces hermosas, sorprendentes, pero siempre matizadas de una melancolía que se adueña de nosotros.

Paisaje sin sol no nos infunde alegría; paisaje sin verdor no nos hace optimistas; en cambio, nuestro paisaje castellano, con un cielo azul inmaculado y un sol fuertemente luminoso, nos llena de un placer que nos agujijonea para la realización de las más altas empresas.

El tópico del sayal

En las postrimerías del siglo XIX un escritor tuvo la infortunada ocurrencia de comparar al campo castellano con el pardo sayal de San Francisco.

La disparatada frase hizo fortuna, se convirtió en tópico y rodó por artículos y versos demostrando así su poca documentación aquellos prosistas y poetas.

¡Y qué difícil es desarraigar un tópico aunque sea absurdo!

Pero nada más absurdo que este tópico.

El pardo sayal franciscano es algo perenne; desde los tiempos del Santo de Umbría hasta nuestra época, no ha sufrido alteración, y el campo castellano cambia de aspecto con los meses y hasta con las semanas, pues ora es terroso barbecho, ora esmeraldina mies nacida, ora verde tostado por nuestro sol tórrido y ora muestra el amarillo del fruto cuando la cosecha está en sazón dispuesta para ser llevada a la era.

Esto por lo que se refiere a las llanuras de sembradío, que luego ofrecen otras variedades de tonos y matices los pinares, los encinares y las riberas de nuestros caudalosos ríos y de nuestros arroyos jugosos y serpenteantes.

También por lo referente al cielo los cambios son variadísimos; desde el azul intenso e inmaculado hasta el gris plúmbeo y tristón; desde el algodónado blanco que ofrecen las nubes fugaces y amenazadoras hasta los arreboles de nuestras magníficas puestas de sol.

No, el paisaje de Castilla no puede simbolizarse con el pardo sayal de San Francisco.

Lo que es nuestro paisaje

Hay en Castilla más variedad de paisaje, desde cada punto de observación, que en las quebradas regiones del Norte, donde el verdor es más permanente, las brumas más continuas y los celajes grises más frecuentes.

En Castilla tenemos, por lo dilatado de los horizontes, unas lejanías azuladas, rosadas y de tonos violeta que son una maravilla de transparencia y de color.

Hay épocas en que el campo ofrece una jugosidad verde, esmaltada a veces de rojas amapolas que forman, aunque con dolor de los agricultores, la composición colorista más acertada que puede apetecerse.

En otras épocas, el campo se torna de oro, oro en la besana, oro en las eras y oro en el polvillo que surge de la tierra y que cabrillea al recibir el fuego de los rayos del sol.

Y es que para el pintor, el paisaje castellano requiere una abundante paleta que produzca tonos suaves y muy variados, que es preciso armonizar y batir, ya que muy raras veces nuestro paisaje exige estridencias de color como los de otras regiones, donde las flores surgen en grandes masas.

Tres clases de paisaje

Nuestro paisaje lo pudiéramos dividir en tres secciones bien diferenciadas: la de las tierras labrantías, la de pinares y encinares y la de las riberas fluviales.

Cuando contemplamos el cuadro del francés Juan Francisco Millet «La oración de la tarde», y admiramos la extensión de aquel campo, la transparencia de aquel cielo, en el que parecen vibrar los sonos de la campana invitadora al rezo, aun tratándose de un ambiente francés, tiene tantas analogías con nuestro campo, que hallamos en él las mismas armonías e igual poético ascetismo.

Todas estas características las hallamos en muchos cuadros de nuestro Aurelio García Lesmes, del que más adelante hemos de tratar.

El paisaje de los encinares y pinares, con sus tonos bien diferentes, nos parece más agreste porque allí la Naturaleza está menos

sometida al hombre, por faltar el surco trazado con paralelismo geométrico y presentar, casi siempre, pérdida la horizontalidad.

Los tonos son otros; en los pinares surgen el rojo encendido de los troncos al ser iluminados por el sol y el verde oscuro aterciopelado de las copas; en los encinares, el verde gris del ramaje.

Estudiando el paisaje ribereño de los ríos y arroyos, nos encontramos con frondas de jugoso verde formadas por olmos y chopos y álamos, de tan variadas tonalidades; nos encontramos, también, con aguas que reflejan el cielo y la vegetación y que por lo tanto ofrecen tan variado aspecto como lo ofrecen la vegetación y el cielo.

Estos paisajes presentan a veces maravillosos momentos.

Uno recordamos que no es fácil olvidar después de admirado: es el atardecer de un día de los comienzos de Otoño, después de una lluvia de tormenta. Punto de observación, el centro del Puente Mayor vallisoletano, mirando el espectador aguas arriba del río. El cielo tiene un intenso tono violeta; el sol, ya en el ocaso, escondiéndose entre arboles, sólo ilumina los extremos superiores del arbolado. Las aguas tranquilas como en remanso, ofrecen el violeta del cielo encuadrado por el reflejo del verde de ambas orillas.

Todos son tonos suaves, de amable melancolía, que acentúan las campanadas lentas y graves del Angelus catedralicio.

En otra época, situémonos en el mismo lugar con idéntico punto de vista y la misma orientación.

El paisaje, siendo el mismo, ha cambiado totalmente; la paleta precisa para su interpretación es otra.

Se podría decir que hemos cambiado de latitud.

Allí tenemos los mismos árboles, pero desnudos de hoja; el mismo cielo, pero sustituyendo el gris al violeta; las mismas aguas del río, pero congeladas en parte por la helada; su transparencia se ha perdido y el rumor armónico del río se ha trocado en silencio de muerte.

Esto demuestra la versatilidad de nuestro paisaje, siempre diferente y siempre admirable, porque a ello contribuyen, principalmente, las condiciones climatológicas de nuestra región.

Aditamentos de nuestro paisaje

Pero no es solamente nuestro paisaje una armonía de tierras llanas, cerros calvos, arboledas jugosas y cielos magníficos; otros elementos interesantes pueden contribuir y contribuyen al interés de los

paisajes captados en Castilla, y estos elementos, son: el pueblo con su iglesia señera, el molino rumoroso y el castillo hidalgo.

Los pueblos de Castilla parecen brotar de la tierra misma por generación espontánea, por estar formados con la misma tierra, que así da a la vez habitación y sustento.

No son de blancura deslumbrante como los pueblos andaluces, ni tienen la reciedumbre verdinosa de los pueblos serranos formados con las piedras que pródigas ofrecen las montañas; son pueblos humildes que parecen cobijarse a la sombra de la torre parroquial, la única atalaya del poblado y domicilio seguro de la cigüeña reina de los aires.

En ellos suele poner una nota alegre alguna chopera o alguna alameda, que denotan la existencia de un arroyo; alguna parra que encuadra la puerta de una casa, y el prado comunal, alfombra verde y tersa.

El segundo elemento de los que hemos anotado, es el molino, con el rumoroso saltar del agua por la azuda y la próxima vegetación de espadañas y arboledas.

Los molinos son el oasis de las llanuras castellanas.

Finalmente, el castillo es el airón nobiliario que Castilla ha puesto sobre sus cerros para fijar sus timbres de pasada grandeza. Constituye el castillo un gran elemento de nuestro paisaje y siempre es altivo, solemne y evocador, nido de aves y también nido de leyendas.

¡Castillos de Medina del Campo y Fuensaldaña, de Coca y Torrelabán, de Peñafiel y Portillo!

¡Sois grandes por vuestra historia y grandes también porque no obstante vuestras mutilaciones y haber pasado los tiempos de vuestro poderío, conserváis las glorias de una comarca que descubrió mundos, creó imperios y fué la forjadora de una raza inmortal!

Poetas y pintores

Si los pintores, especialmente los paisajistas, tienen mucho de poetas, éstos también tienen mucho de pintores. Lo mismo se interpreta a la Naturaleza en sus bellas manifestaciones con la pluma que con el pincel.

Sentada esta premisa, tenemos que reconocer que en nuestra Castilla los poetas han interpretado el paisaje castellano mejor que los pintores. Hablamos desde luego, en tesis general, por lo que puntualizaremos más adelante.

Nuestro inmortal Zorrilla, en «La siesta», comienza describiendo el paisaje canicular castellano:

«Son las tres de la tarde; Julio, Castilla.
»El sol no tuesta, que arde; ciega, no brilla».

Y a través de toda la composición se describe, se pinta, pudiéramos decir, con toda minuciosidad a esta Castilla abrasadora del verano con un grafismo de pintura real.

Gabriel y Galán, al describir «las pardas, enceradas mieses y las tristes lejanías serias», es también excelente pintor de nuestro paisaje, como lo fueron Fray Luis de León y Garcilaso en épocas ya remotas, y en otras más recientes lo han sido, por no citar más que poetas vallisoletanos, Núñez de Arce, Ferrari, Alonso Cortés, Medina Boco e Ilera Medina.

En los pintores el paisaje no gozó de igual predilección en tiempos antiguos. Cierto es que surge en algunas pinturas murales pompeyanas y que en Roma mismo se cultivó algo. También es cierto que en la Edad Media el paisaje tuvo algunos intérpretes, pero siempre como fondo de escenas.

Algún impulso dieron a este género de pintura los renacentistas italianos, pero su verdadero realce sólo lo logra gracias a los flamencos Van Eyck, Memling y otros.

Luego surgen nuevos enamorados del paisaje. Durero lo ejecuta con primores de orfebre y con pleno espíritu poético. Ticiano lo utiliza para fondo de sus admirables cuadros.

Más tarde el paisaje es cultivado en Francia y en Inglaterra.

En España los primeros atisbos del paisaje por el paisaje mismo los hallamos en Velázquez, al llevar a pequeños lienzos las dos magníficas vistas de la Villa Médicis que él habitó.

También sus paisajes guadarrameños, que sirven de fondo a algunos de sus cuadros, retratos especialmente, demuestran la importancia que el autor de «La rendición de Breda» daba al paisaje.

Después de él, fué Goya el que también dió importancia al paisaje en «La gallina ciega», «La boda» y en muchos de sus cartones, donde hay paisajes bellos, aunque algo arbitrarios y convencionales.

A mediados del siglo XIX el paisaje ya forma en España un género de pintura bien definido, iniciándose en Cataluña por los pintores Urgel, el de los cementerios rústicos, resabios del romanticismo: Martí y Alsina, José Masriera, Meiffren y Rusiñol, entre otros.

Surgen entonces también el belga naturalizado en España Carlos Haes, Beruete, Muñoz Degrain y Mir.

En Castilla cultiva el paisaje el hoy veterano artista don Marcelino Santamaría, como también lo cultivaba el vallisoletano Aurelio García Lesmes, trágicamente muerto en América no hace mucho tiempo.

Santamaría, el admirable y admirado pintor, ha buscado en Castilla lo que pudiéramos llamar la anécdota del paisaje, o dicho más vulgarmente, el «rincón bonito»; Aurelio García Lesmes es el que más ha ahondado en el alma de este paisaje regional.

Aurelio García Lesmes

Todos los paisajistas españoles buscaron la emoción en lo agreste, en la vegetación exuberante de jardines, bosques y alamedas; en el mar en calma o en las escrespadas olas batiendo las rocas, pero ninguno halló encanto en nuestra meseta, en nuestras lejanías, hasta que surgió Aurelio García Lesmes, que con un paisaje de nuestra Castilla ganó una primera Medalla en una Exposición Nacional.

Permitid que recuerde a Aurelio García Lesmes, que perteneció a nuestra Real Academia, ya que mis recuerdos son más sinceros por cuanto no me unió a él amistad ni por lo tanto afecto personal.

Aurelio García Lesmes, por su atuendo, por su vida y por su carácter recordaba al tipo bohemio de fines del siglo XIX.

Con su sombrero de anchas alas, su chalina, su caja de pinturas y su caballete portátil, iba al campo para sorprender el paisaje de Castilla la llana que para él no tenía secretos, y pronto en sus lienzos quedaba fijado uno de esos luminosos aspectos de las tierras sembradas, de los ásperos rastros, de los cerros yermos, de los cielos azules, o grises, o anubarrados, o con encendidos arreboles.

Para él el paisaje lo era todo; las figuras le sobraban; cuando intentó poner alguna en un cuadro, no tuvo acierto, porque él alentaba sólo para captar la poética armonía campesina de esta Castilla tan extensa en horizontes como grande en ideales.

Pero nuestro García Lesmes, que fué un renovador de la pintura de nuestro paisaje, tuvo imitadores que trataron de seguir sus huellas; por desgracia, estos imitadores no tuvieron fortuna, y es que el empeño era bastante peligroso.

Pasado el tiempo, nuevamente se produce el recuerdo de la pintura de García Lesmes, y hay atisbos de buenos continuadores, pues

no hace mucho un buen artista, Manuel Mucientes, ha logrado recompensas oficiales con cuadros que captan aspectos interesantes de nuestros campos, y pudiéramos decir otro tanto de la joven pintora Mercedes del Val Trouilhet.

Auras de renacimiento artístico

Véase, después de todo lo dicho, cómo el paisaje castellano tiene elementos bastantes y aun sobrados para merecer la atención de nuestros artistas.

Requiere este paisaje una observación atenta, una atinada elección del momento, un gran afecto regional y una paleta variada sin prejuicio de escuelas precursoras o modernizantes, porque nuestro paisaje hay que verlo como es, ya que tiene sobradas armonías de color para crear otras falsas.

Cuando al ver un cuadro con un paisaje castellano parezca que nos asomamos a la ventana de una casa rural y se nos figure que llega a nosotros el olor de la mies tostada, o de la tierra húmeda, o de los tomillares en flor, cuando nos parezca al verlo que cascabelean en nuestros oídos los rumorosos chopos zarandeados por el viento, entonces podremos decir que el artista acertó en su obra, aunque en ella haya sólo unas tierras labrantías, unos cerros lejanos, unos chopos bordeando un camino, o unas eras sedientas, y en primer término un espinoso cardo movido por el viento.

Abramos nuestro pecho a la esperanza, pues estamos en un momento en que se observa en nuestra región un verdadero renacimiento artístico.

En estos dos últimos años se han celebrado en Valladolid numerosas exposiciones de arte y se presentan nuevos valores.

Bendigamos estos intentos, y si conviene que todos redoblemos y hasta centupliquemos nuestras actividades para el engrandecimiento de Castilla, no es de poca importancia el que nuestros artistas divulguen, valiéndose de su genio creador, nuestra gran belleza regional.

HE DICHO

CONTESTACION
DE
DON PABLO CILLERUELO ZAMORA

SEÑORES ACADEMICOS:

Entra hoy en la Academia por derecho propio y con las puertas abiertas de par en par, una de las figuras más representativas del periodismo castellano. Todos conocen a don Carlos Rodríguez Díaz como redactor de «El Norte de Castilla». Su labor cotidiana en este diario y antes en otros de Zamora, Madrid y Valladolid, es señalada por una característica especial: la naturalidad y la sencillez. Otra nota notablemente acusada, es su modestia, que se funde en el trabajo anónimo de la redacción y cuando más, un discreto empleo de sus iniciales acusa su intervención en el periódico que escribe.

Me libraría muy bien de decir que es un periodista chapado a la antigua, pero sí aseguro que para decir las cosas por su nombre no necesita ambages ni rodeos, ni símiles ni perifrasis al uso moderno, que la mayor parte de las veces acusan un rebuscamiento de frases que causan risa o, por lo menos, una suave ironía al que las lee. Sus anécdotas, semblanzas y perfiles del natural, son breves y contundentes; ni brotan sangre, ni causan dolor ni infección; son ligeras cántaridas que enrojecen y excitan la piel, mas no hacen daño. Y es que en ellas se refleja un carácter bondadoso y ecuánime, propicio siempre a no producir molestias, porque las verdades pueden decirse sin causar enojo alguno.

Podríamos aquí, porque encajaría perfectamente, hablar de su labor periodística en general, pero no quiero referirme a ella. Sólo destacaré, por lo que al arte se refiere, su labor crítica.

No sé si por el temperamento acusado en la región castellana, por la disminución gradual del interés que en el elemento directivo se ha notado hace mucho tiempo, si por la transformación bonda que las enseñanzas artísticas han sufrido, o por causas imponderables, el caso es que la afición al arte ha venido decayendo en grado tal en nuestro pueblo, que sólo esporádicamente se presentan al exterior manifestaciones artísticas que llamen la atención.

Y no es que Valladolid no haya dado ejemplos de lo mucho que puede conseguirse con una buena orientación. Desde aquella época de hace sesenta años en que las enseñanzas dependían de esta Real Academia, en el sentido exclusivo de las Bellas Artes, transformadas sucesivamente en Artes e Industrias, Artes Industriales y hoy en Artes y Oficios Artísticos, ha ido desvaneciéndose el verdadero sentido de esta enseñanza, que ha quedado reducida a su aplicación a los oficios. Y no es que nosotros lo censuremos, no; al contrario, nos parece bien que se prepare a la juventud para que toda profesión se fundamente en el arte, dando así una prueba de buen gusto, pero es que se prescinde en absoluto del concepto de las Bellas Artes en su pureza, y hoy Valladolid carece de estas enseñanzas que sólo están vinculadas en Madrid, Sevilla y Barcelona. De ahí procede nuestra decadencia.

Valladolid es cuna de grandes artistas de aquel tiempo, algunos de los cuales viven aún y propagan el arte en el extranjero, habiéndose avocinado allí; otros han recorrido el Nuevo Mundo en toda su longitud y han vuelto a la patria. Miguel Nieto, pintor; Huerta y Ayuso, escultor; López Otero, arquitecto, son buen ejemplo de cantera castellana. No merecía Valladolid tanto desvío.

Yo, repetidas veces en la prensa local, he tenido el honor de clamar porque en nuestro pueblo se establecieran, mejor dicho, se restablecieran dichas enseñanzas, si no todas, al menos una sección de escultura para hacer honor a nuestro incomparable Musco Nacional, y remedara a aquellos talleres de universal renombre establecidos en Valladolid y de los que salieron tantas y tan bellas imágenes, orgullo de nuestras iglesias y nuestras procesiones.

Causa sonrojo que, cuando se trata de elegir pasos para éstas, haya que buscar artistas extraños, olvidándose de los escultores de cepa castellana, formados al calor de nuestro Museo, dando lugar con ello a un contraste que de ninguna manera puede ser admitido.

Por eso es digna de loa la labor que en este sentido viene realizando el recipiendario. Todo lo que se haga en favor del arte castellano es meritorio. Me atrevo a asegurar que si él no siguiera con la atención que lo hace el movimiento artístico vallisoletano con su acertada crítica y propaganda leal y desinteresada, no se acusaría el resurgimiento que parece iniciarse en los momentos actuales.

Nota singular de sus juicios es lo certero de la visión en cada caso. Cual un buen médico, su ojo clínico sabe señalar en los trabajos la nota dominante, y busca en los mismos aquellos puntos que dan personalidad y carácter a sus autores. Y todo ello dentro de una cordia-

lidad que encanta y subyuga al lector, y al artista anima con su orientación y leal consejo.

Insisto, pues, en que su contribución en favor del arte y de los artistas es decisiva y que ambos deben mostrarse agradecidos a su actuación.

* * *

Pero con ser esto mucho, no es bastante para sumar el mérito del beneficiario. Hay otra faceta desconocida casi totalmente por la gente. En la Academia entra hoy un destacado valor.

En el colmo de su modestia, no ha dado a conocer al público que es un artista en todo el amplio sentido de la palabra. Yo he tenido ocasión de ver circunstancialmente y contra su voluntad, las obras que, colgadas de las paredes, tiene en su casa. Son la mayoría impresiones del natural hechas a la acuarela, que revelan un temperamento formidable; están tan bien sentidas y estudiadas, que acusan una facilidad asombrosa. El toque certero de la mancha sobre un dibujo impecable y el gusto en la elección de temas, revelan todo un maestro. ¡Lástima que esa modestia, innata en él, le haya vedado exponer sus obras!

Acaso su resistencia sea vencida, pero en todo caso, si no enseña con sus trabajos, con la pluma nos da el ejemplo y con ello presta un servicio a la causa del arte.

La Academia tiene que estar agradecida a que haya aceptado la colaboración que se le ha pedido, y luego la seguridad de que su intervención en esta casa ha de destacarse y contribuirá a que la Corporación recobre su antiguo esplendor. Sea bien venido el distinguido compañero.

* * *

Don Carlos Rodríguez Díaz es castellano nuevo, madrileño, pero a los cuatro años, huérfano de padre, fué llevado a Zamora, de donde era su familia, y allí se formó y estudió el Bachillerato. Seguramente en los paisajes seductores de las orillas del Duero, a la sombra de la Catedral, contemplando los cuadros de Fernando Gallego, se formaría su espíritu artístico y nacería su afición al dibujo; prueba de ello es que de alumno del Instituto, pasó, bien joven, a ser Profesor auxiliar de dicha enseñanza en él y poco más tarde de la Escuela Normal.

Pero como en los estudios primarios se encuentra ocasión de descubrir las inclinaciones varias que surgen en la mente de los alumnos,

Carlos, como cariñosamente se le llama, busca en la literatura una válvula de escape a sus sentimientos y bien pronto empieza su labor en este sentido, colaborando en la prensa zamorana y en varias revistas de Madrid, y casi siempre en verso. El periódico vallisoletano «La Crónica Mercantil», ya desaparecido, reprodujo muchas de sus composiciones.

Esta actividad llamó la atención y fué solicitada por «El Heraldo de Zamora», ingresando como redactor del mismo, y cuando apenas había cumplido veintidós años, volvió a Madrid y tuvo acogida en «El Globo», renombrado periódico entonces y también hoy desaparecido. Su labor en él consistió principalmente en la crítica artística, mereciendo destacarse, entre otros trabajos, uno acerca de «La Pasión de Cristo en el Museo del Prado», y otro sobre «La Obra de Zurbarán».

Entonces se anunciaron oposiciones a plazas de delineantes de Obras Públicas, y utilizando sus conocimientos de dibujo, las gana y es destinado a Valladolid, donde, definitivamente, se avecina. Se penetra tan bien—él, tan castellano—con nuestro pueblo, que aquí lleva cuarenta y dos años. Tenemos, pues, derecho a considerarle como uno de los nuestros.

Sus aficiones periodísticas no le dejan en paz e inmediatamente entra en el periódico «El Porvenir», también desaparecido, y pasa a «El Norte de Castilla», en el que hace, como todos vemos, aparte de su labor diaria de redacción, la crítica literaria y artística de que hemos hablado anteriormente.

Ha publicado algunas obras literarias, entre ellas un tomo de poesías zamoranas editado por la Diputación de aquella provincia, una transcripción de «Rinconete y Cortadillo», con notas y vocabulario, y «Un Estudio biográfico y crítico del escultor zamorano Ramón Alvarez Moretón».

Cuenta con diversos premios obtenidos en certámenes literarios de Sevilla, Valladolid, Zamora, Palencia, Toro y otras localidades.

Recientemente se ha publicado una antología de poetas zamoranos y en ella se incluyen algunas de sus composiciones.

Como artista, cultiva la acuarela y el tan difícil, como ingrato, trabajo a plumilla. Especializado en la confección de pergaminos artísticos, pasan de un centenar los que ha hecho con destino a diversas personalidades, mereciendo citarse los dedicados a la Reina Regente, Alfonso XIII, Infanta Beatriz, Generalísimo Franco, General Queipo de Llano, Pemán y tantos más. También ha hecho varios por encargo de la República de Venezuela.

En el año 1912 le encargó el Ayuntamiento de Valladolid la organización de las Secciones de Pintura y Escultura de la Exposición que se celebró en los locales del viejo Instituto, exposición la más importante, acaso, de las realizadas en nuestra capital, por la calidad de las obras y de los expositores.

No queremos dejar en el tintero otra faceta de tan infatigable trabajador, y es su gran amor a la Filatelia, en la que busca, no al coleccionista, sino la belleza de algunos ejemplares que contempla con singular deleite. Es autor de varios dibujos de sellos conmemorativos que ha publicado en la prensa.

* * *

«El paisaje de nuestra Castilla» es el tema que ha elegido para su discurso de ingreso, y en verdad que no ha podido tener más acierto. Un hombre como él, castellano cien por cien, catador de bellezas y enamorado del terruño, que sabe buscar efectos de luz y goza con ellos, es quien mejor puede expresar lo que es nuestro sol, nuestros campos, nuestras riberas, nuestros árboles escasos...

Magistralmente trata el paisaje en sus diferentes facetas. En el dibujo, como gran dibujante que es; en el alma del mismo, como poeta de altos vuelos; como castellano, en la luminosidad del ambiente; como pintor, en el colorido de la evolución de nuestros campos, llenos de verdor y rojo de amapolas en la primavera, y secos, amarillos, en el estío; pardos en otoño y tristes y desolados en pleno invierno; y en las llanuras, en el contraste con las lejanías de los horizontes, violetas, azuladas y rosáceas; como observador, llegando a establecer, dentro de esta gama, una triple división del paisaje de tierras, pinares y riberas...

Me pongo en vuestro lugar, oyentes, y sé que vosotros, castellanos, al escucharle, os habréis emocionado, como yo he gozado al leer por vez primera su trabajo. Y es que en la descripción del paisaje, hecha magistralmente, se funden las características del artista, del poeta y del escritor.

Todo esto es Carlos Rodríguez Díaz. Y todo esto es lo que ofrezco a la Academia y a mis compañeros al apadrinar a tan relevante personalidad que con tantos méritos y tanta justicia entra hoy en nuestra querida Corporación.

HE TERMINADO

